

RECENSIONES

EL CASTILLO DE SANTIBAÑEZ EL ALTO, por Gervasio Velo y Nieto.

La monografía «El castillo de Santibáñez el Alto» perteneciente a la colección «Sierra de Gata», de nuestro paisano Gervasio Velo y Nieto, Correspondiente de la Real Academia de la Historia, trata de los orígenes de Santibáñez y de sus fortificaciones, destacando la importancia de la plaza fuerte.

El erudito cacereño dedica su atención a algunos hechos trascendentales y decisivos relacionados con tal plaza fuerte e incluye interesantes notas históricas sobre el sitio de Santibáñez por las tropas acaudilladas por Fernando II de León; irrupción de Abu-Yacob; Alfonso IX de León, dueño y señor de Santibáñez, hace donación de la misma a los freyres de San Julián del Perero.

«Fué el rey Alfonso — anota el historiador cacereño — en esta ocasión espléndido por demás con los del Perero, pues señaló a Santibáñez jurisdicción extensísima, que le permitió fundar una de las encomiendas más ricas y codiciadas».

Es curioso el episodio bélico que aconteció en la plaza fuerte de Santibáñez y que relata con amenidad el autor.

La Encomienda de Santibáñez — creada por el Maestre de San Julián del Perero — fué de las más codiciadas de aquel tiempo dada su enorme extensión territorial.

Gervasio Velo incluye relación de los comendadores de que se tienen noticias desde 1227 hasta 1254.

El apéndice comprende la torre de Almenara, artística atalaya, vigía permanente en la serranía enclavada en lugar próximo a la villa de Gata, que perteneció a la jurisdicción de Santibáñez, a la que el historiador cacereño dedica un bello

y sentido romance con el que pone fin a este trabajo de investigación con sus notas históricas.

La monografía contiene ilustraciones de la puerta principal del recinto de Santibáñez, plano del castillo, el adarve que circundaba la fortaleza, la gran barbacoa y cubos flameantes y una perspectiva de Santibáñez con parte de la muralla y la espadaña de su iglesia.

* * *

CATALOGO DE COLEGIALES DEL COLEGIO MAYOR DE SANTIAGO EL CEBEDEO, DEL ARZOBISPO, DE SALAMANCA.

Luis Ferrer Ezquerra e Higinio Misol García, del Colegio Mayor «Maestro Avila», de Salamanca, han hecho la compilación de un catálogo — completo y documentado — de los alumnos del Colegio Mayor Salmantino de Santiago el Cebedeo, del Arzobispo Alonso de Fonseca, uno de los Cuatro Mayores de la célebrima ciudad del saber.

En las páginas de recensiones de «Alcántara» hay constancia ya de la glosa que dedicamos al estudio de don Esteban Madruga en su discurso inaugural del curso académico 1953-54 en la Universidad Literaria de Salamanca, en el que abordó la historia del Colegio Mayor del Arzobispo.

Por ello los autores de este trabajo monográfico dan una breve noticia histórica y después se ocupan de las fuentes y bibliografías, algunos problemas críticos del catálogo, relación del personal, colegiales desde 1551 hasta 1831, a base, principalmente, de las matrículas.

En el catálogo se incluyen documentos: Bula y Cédula de Fundación y mo-

delo de los interrogatorios para las informaciones.

Nos parecen muy laudables los propósitos de los señores Ferrer y Misol y les incitamos a que lleven a cabo el empeño de reconstruir más ampliamente la historia del Colegio del Arzobispo Fonseca, lo que no dudamos harán con su autoridad y prestigio para que resulte un trabajo concienzudo y conveniente como cabe esperar de los distinguidos publicistas.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

VIAJE A LA SERENA EN 1791. Historia de una comarca extremeña escrita tras los pasos del magistrado Cubeles, por Antonio Agúndez Fernández. Cáceres, 1955.

Una bien curiosa y al parecer muy fecunda manera de hacer historia ha adoptado el investigador cacereño Antonio Agúndez, hoy radicado en el partido badajocense que menciona el título. Quien no haya leído la introducción que el mismo autor inserta en su obra, ha de sentirse sorprendido ante las sabrosas jornadas de viaje que el libro contiene, semejantes a las que autores franceses, italianos o españoles, han sido en distintas épocas tan dados a componer. Ninguna sin embargo o muy pocas habrán podido ser escritas con la fidelidad que ésta que a 150 años fecha está urdida sobre documentos auténticos y con la ayuda de copioso aparato bibliográfico.

Nos explica el autor que ante el hallazgo de tres importantes documentos hasta ahora desconocidos, durante sus trabajos en el Archivo Histórico de Cáceres, en el cual penetrara en busca de fuentes para distinto trabajo, se vió forzado a desviar el rumbo de su intención. De esta manera dió forma al presente «Viaje a la Serena» compuesto sobre el principal de dichos documentos que es una relación de las jornadas del magistrado Agustín Cubeles, de quien el autor se finge acompañante, refiriendo con puntualidad cuanto ante su vista hubiera podido desfilar en el camino desde Cáceres al partido de la Serena y por cuan-

tos pueblos comprendía ésta: Villanueva, La Coronada, Campanario, Esparragosa, Cabeza del Buey, etc.

En esta especie de documental (nunca mejor empleado el nombre) cinematográfico, va apareciendo todo lo que de interesante podía haber en la época para un viajero: pueblos, monumentos, iglesias, noticias históricas, economía de las comarcas y biografía de personajes, aparte de los datos estadísticos que eran objeto del informe original, todo ello descrito con estilo sencillo y claro y lleno de amenidad.

Creemos que esta manera de hacer historia, resucitando por completo la vida de una comarca, región o nación, es indiscutiblemente la mejor, pero también la más arriesgada y hace falta conocer muy a fondo el asunto, el ambiente y todas sus particularidades por mínimas que sean para no incurrir en el anacronismo o en la impropiedad. Como contrapartida estos últimos tampoco serían fáciles de discernir por el lector medio, a menos de enfrascarse en un estudio parejo.

OMAR EL ZEGRI

OFICIO TERRENAL, por Mario Angel Marrodán. Ediciones NORTE. Barcelona, 1956.

Debemos comenzar esta serie de recomendaciones pidiendo disculpa a todos, lectores y autores, por la demora en su publicación. Nuestros pacientes asiduos saben las intermitencias e interrupciones que nuestra Revista ha tenido que sufrir, por causas a nadie imputables, en estos últimos tiempos. Esas irregularidades han traído como consecuencia otras varias, entre las que hemos de contar la demora que al principio señalamos. Resueltas, creemos que definitivamente, las dificultades que nos impidieron un mejor andar, prometemos no ser causa por nuestra parte de que esta sección no acompace su ritmo al general de la Revista. Y, dicho esto, entremos a comentar el libro que nos ocupa.

Se trata, en realidad, de un librito de 32 páginas, en el que se han impreso 26

sonetos que no alcanzan a mi juicio de masiada fortuna. La fuerza del consonante, del ritmo y la medida, a que obliga esta exigente estrofa, precisan de poeta más paciente que el señor Marrodán. Hemos leído mucho del autor y en muy diversas publicaciones, es decir, creemos que M. Angel Marrodán pierde en eficacia muchas veces lo que gana en fecundidad. Es un gran vocacional de la poesía y a ella está entregado, sin duda, con alma, vida y corazón, pero con poco freno y mucha falta de sosiego.

Por otra parte, fuerza es reconocer que el señor Marrodán ha soltado mucha escoria en su quehacer poético. Recordamos su obra primera de sentido impenetrable y anárquica preceptiva, que no nos gustaba en absoluto. Su poesía de ahora es cosa bien diferente de aquello. Quiere decir, que si mejora no hay nada que le impida llegar a bueno, y nosotros lo deseamos y quedamos con esa esperanza. Y, habida cuenta de que el librito que comentamos para ustedes lleva una fecha tan añeja, bien pudiera ser que estemos imputando, al autor, de pecados de que en la actualidad esté tan limpio como rico de otras meritorias virtudes literarias. Justo, como de corazón queremos para él.

SOBRE LA PIEL DE UNA LAGRIMA, por Luis Alvarez Lencero. Lírica Hispánica, número 172. Caracas, Venezuela, 1957.

Leí este libro a raíz de su publicación y he vuelto a leerlo ahora antes de entrar a comentarlo. Quizá no debiera decir sino que estos segundos sabores me han placido más que las dulces añoranzas de mi primer paladeo. Porque no sé qué mayor elogio puede hacerse de un buen libro. Pero aun corriendo el riesgo de empañar el cristal de tan limpia concisión, no me resigno a privarme del placer de hablar y hablar de los versos, de la poesía, de Alvarez Lencero.

Hace algún tiempo, Pedro Caba me encontraba con sorprendido gozo las calidades poéticas de este extremeño, que le había hecho el más rotundo e impre-

visto impacto, precisamente con este libro: «Sobre la piel de una lágrima». Y le había llegado tan hondo y le había estremecido las raíces de su sensibilidad por el entrañado conocimiento y la rica vibración que la tierra extremeña y el iluminado barro de sus limos tienen en la escondida fuente del fluir poético de Alvarez Lencero.

Era cierto. El poeta, amasado con la misma arcilla que le es asiento; con la llama azul de su lámpara cordial, como una lágrima en levitación, asomando por la fisura del pecho herido; con el nervio de encina y de espiga y de río; con la mano limpia tendida al trabajo y la caricia. Un hombre entero. Si cantaba, tenía que hacerlo así. Y así lo ha hecho y lo hace para bien suyo y de todos.

Lo que se canta de oído — ¡cuantas veces! — hasta puede pasar por bueno a fuerza de talento, de habilidad y de maestría. Lo que se canta con los ojos de par en par y a golpes de latidos tiene siempre profunda la imagen y la savia alborotada de sangre roja y caliente:

...Nos empuja una fuerza que conmueve sus huesos.
Sus ocultas raíces se hacen trigos de llanto,
pero cuelga en nosotros una ropa de besos
y se bebe la ortiga de haber sufrido tanto...

...Y olemos a trabajo de sol a sol hermanos
porque así nos lo manda nuestra madre la tierra.
Somos la llaga dura de los duros veteranos
para empuñar las hoces en la paz o en la guerra.

Y la alegría gozada en silencio o estremeciendo los caminos de nuestra acompañada soledad:

...corté una cinta de polvo
con las ruedas de mi carro.
Los trigos se despeinaban
como crines de caballo...

Y se entraña de las vigorosas varonías,
recias, tremendas, enormes de la raza:

Qué fatiga en el vientre de esta tierra
 [preñada,
 de esta tierra que arrastra su sed en el
 [verano
 como si fuera un perro con la lengua
 labrasada
 detrás del campesino para beber su ma-
 [no...

...Y el hombre está acostado como re-
 [lacia simiente
 retorcido y oscuro con raíces de sueño
 y es un tronco empolvado bajo el sol in-
 [clemente
 sobre el surco terrible del paisaje extre-
 [meño.

El poeta siente no poderse dar en sa-
 cramento, que tan sublime potestad sólo
 el poeta Dios la tiene, pero se sabe pan
 cuasi divino porque Dios le ungió con
 su aliento, y trasluce como puede sus
 amores angélicos:

...porque yo soy de trigo.
 Soy la arteria del campo.
 Hombre de pie y que vuela
 y está de luz mojado.

La voz del poeta está mojada de ro-
 cíos y de cantos de alondras y de tier-
 nos arrullos y zureos. La voz del poeta
 es eso: la voz de un poeta.

Nos sentimos chiquitos ante tantas
 grandezas y ternuras. Y nos sentimos
 también llenos de júbilo al ver cómo es-
 te entrañable amigo encuentra el camino
 seguro y hermosísimo de su poesía.

Aun advertimos ligerísimas influencias
 de otra voz que, no sólo no precisa Al-
 varez Lencero, sino que perjudica la pu-
 ra linfa de su fontana. Nuestro amigo es
 humilde – ni siquiera ese mérito le fal-
 ta – y concede a los demás, valores que
 a él le sobran. Estamos seguros de que,
 muy pronto, él será sólo él y tan entero
 y grande como denso y transparente.

Con sincerísima admiración le abraza
 nuestra felicidad.

GOTAS DE ROCIO (Brisas Veratas), por
 Felipe Jiménez Vasco. Imprenta «La
 Verata», de Jaraíz de la Vera. Diciem-
 bre de 1957.

Lo mejor de este librito es el prólogo,
 en el que el autor, con sencilla y muy

limpia prosa hace su presentación a los
 lectores. El resto, poéticamente conside-
 rado, tiene más menguados los méritos.

Felipe Jiménez Vasco es un bardo po-
 pular de musa por demás ingenua y pue-
 ril. Versificador fácil, conoce y maneja
 bastante bien la métrica y domina el ri-
 mado con algún que otro ripio en las
 añadiduras.

En el epigrama tiene el humor festivo
 y cierto gracejo rural de buen sabor y
 estimable donosura.

Canta preferentemente las cosas de su
 tierra, a la que, sin duda, lleva muy den-
 tro. Este, creemos, es el mejor elogio que
 podemos hacer del autor.

AMOR ES LA PALABRA, por Antonio
 Murciano. Colección LAZARILLO. Im-
 preso en los talleres de Gráficas Orbe.
 Madrid, 1957.

Los poemas de esta breve publicación
 son fiel trasunto del afortunado título
 que los presenta. Todos cantan endechas
 de amor y lo hacen con bella – bellísima
 en ocasiones – y sencilla manera, esa
 difícil sencillez de los poetas grandes.
 Cuando el poeta siente con sinceridad
 le repele toda retórica y desnuda de un
 modo muy natural su palabra, que vuela
 con un nimbo o un temblor de ternura
 inefable:

Aquella misma tarde,
 para ti, de mi huerto, de mis labios,
 fueron hechas la rosa y la palabra.

Y Antonio Murciano es – aquí al me-
 nos – tan sincero, que sus poemas tie-
 nen el estremecido encanto de la confi-
 dencia. Parece que estuviera hablando a
 un amigo entrañable al que cuenta, casi
 balbuceante, las dulzuras de su amor.
 Otras veces es un puro decir a la amada,
 igual que todos recordamos haberlo he-
 cho alguna vez, esas cosas tiernas, dulcí-
 simas, imposibles de saborear plenamen-
 te cuando no se han gozado los deliquios
 de un amor joven, riendo primaveras:

Espera. No te vayas.
 Quiero decirte algo.
 Mira la adelfa y la nube
 y el pájaro...

(Se me ha enredado la voz
 en tus pestañas... ¿Qué me hago?).

En el poema «Confesión», el poeta
 vierte sus amargas adelfas sobre el rega-
 zo virgen, cencido, de la ingenua ama-
 da. Se baña en el frescor maravilloso de
 aquel corazón, en el que nadie ha escri-
 to, y una intensa felicidad se adivina en
 los trémolos de una pasión nueva que le
 redime de pasados dolores:

Hoy le dije de todas mis cosas más se-
 [cretas.
 Yo estaba de rodillas y eran mis manos
 [trémulas
 dos niños que lloraban entre las manos
 [de ella.

 Ella había nacido, me dijo, al encon-
 [trarme.

Hay un poema: «El poeta vive la ví-
 pera de su boda», que tal vez en estricto
 sentido crítico no sería, ni mucho menos,
 el más elogiable y que sin embargo es
 quizá el que más nos conmueve porque
 adivinamos en él como en ninguno la
 más transparente sinceridad del poeta.
 Ocurre en ocasiones que aquello que he-
 mos vivido más intensamente es lo que
 más resistencia nos opone a ser expresa-
 do en palabras y nos sale oscuro y en-
 durecido y parece que desmañado y sin
 gracia. Pero sin embargo lleva dentro el
 pulso vibrante de la mejor poesía. Así es
 este poema.

El ejemplar que de «Amor es la pala-
 bra» nos ha llegado, tiene trabucada la
 paginación, repite algunos poemas y nos
 roba otros que desearíamos conocer. Nos
 duele este descuido, que no merece cier-
 tamente Antonio Murciano.

POESIA SACERDOTAL CONTEMPO-
 RANEA, Seminarios Claretianos de
 Cantabria. Santo Domingo de la Cal-
 zada (Logroño), 1957.

La reseña de esta publicación pertene-
 ce mas bien a nuestra sección «Noti-
 cia de Revistas», puesto que se trata en
 realidad de un número – el 8 – de la
 revista «Uriel», pero por su carácter an-
 tológico especial no encaja mal aquí.

No es posible hacer un comentario crí-
 tico de cada uno de los sacerdotes poe-
 tas cuyas composiciones se incluyen en
 este libro. Dado el propósito de la publi-
 cación tampoco importa ello demasiado.
 Basta decir que todos los poemas tienen
 muy digna factura y van transidos de la
 mejor inspiración. Mejor será hacernos
 eco de las palabras del prologuista, R. Ve-
 lasco, C. M. F., que suenan con un tim-
 bre que nosotros lograríamos muy difí-
 cilmente.

«Es clara la actual preocupación de
 muchos espíritus por la poesía religiosa.
 Esta preocupación no es casual, sino os-
 tensiva de que algo está cambiando,
 quién sabe si lo más decisivo del hom-
 bre. Hay muchos poetas a quienes su
 propia labor les ha descubierto la prime-
 ra raíz y más fecundo jugo de su inspi-
 ración: la propia religiosidad.»

«La poesía es un camino corto para la
 religión, un posible modo de ponerse
 cerca de la divinidad. En este sentido,
 hablar de poesía religiosa no es hablar
 de una poesía especial, sino de toda poe-
 sía en que el hombre busca: pero busca
 con la suficiente inquietud para, de al-
 guna manera, llegar al fondo de sí mis-
 mo.» «El hombre actual no es ateo por
 vivir alejado de Dios, sino por vivir ale-
 jado de sí mismo. Ojalá la poesía vuelva
 a recobrar en su menester de cavar esa
 hondura humana de donde nos manan
 a los hombres las más claras aguas. Cuan-
 do de esa hondura nos nacen las pala-
 bras han de estar por fuerza tocando con
 Dios, temblorosamente tropezando con
 El.»

«Dios es un poema que nos agarra por
 dentro». «Ningún hombre pone la pala-
 bra humana más cerca de Dios que el
 sacerdote. Todo él está para volver las
 cosas a Dios, para poner en sus palabras
 ese transido son que recuerde a los hom-
 bres su primer origen, el suelo que les
 nutre.»

«Puedo decir a un hombre: Mira, mira,
 si preguntas por Dios, vas en su mano.»

Solamente añadimos que figuran en
 esta antología los nombres y poemas de
 Guillermo de la Cruz Coronado. cmf.; Je-
 sús Tomé, cmf.; Pedro María Casaldáliga,
 cmf.; Eugenio García Amor; Manuel Re-

vuelta; Rufino Velasco, cmf.; José Sierra Cortés, cmf.; José Luis Martín Descalzo; Carlos de la Rica; Armando Vega, ss. cc.; Antonio Sada, sj.; Gerardo Aparicio, cmf.; Timoteo Marquina, cm.; Adolfo Criado; Vicente García; Felipe Carbajo, cmf.; Luis Gallástegui, cm.; Eladio Cano; Juan D. Gandarias, sj.; Agustín Rodríguez, e Ismael García, op.

LA MONTAÑA, por Jesús Delgado Valhondo. Colección La Cigarra. Santander, 1957.

Jesús Delgado Valhondo pasó un verano en Santander y Santander le ametralló con certeros impactos en su roja diana siempre desguarnecida. Ni más ni menos son esta serie de cortos poemas que integran el libro «La Montaña».

La sensible pupila de Delgado Valhondo fotografió los peregrinos paisajes del mar, de la montaña y de la piedra. Y adentro, en la retina manadera se irisaron de finos cristales y pálpitos poéticos.

No son sus poemas unas estampas de viajero; Jesús ha calado más hondo y adivinado el tuétano siempre vivo de las cosas. De las cosas nacidas de la vida del hombre y de las cosas creadas por la divina omnipotencia.

Y él ha vuelto a crearlas con el soplo de su poesía. Las ha recreado, recreándose en ellas luego y poniéndoles su angélico añadido. Son diecinueve estampas vivas hermanadas por las metáforas con son de greguerías con las que el poeta juega malabarismos.

Abre su caja el sol,
vierte diamantes:
viva luz donde juegan
color los ángeles...

Quise coger la niebla
— angel de telaraña —
como si fuese un ramo
de flores apagadas...

En algunos poemas, más que la figura del paisaje, que apenas si aparece en el título, el poeta se canta a sí mismo ante ese paisaje, que para eso tiene el poder taumátúrgico de fundirse con él y hacer-

se hombre nuevo. Así en el que titula «Subiendo a la Montaña»:

Cuántas veces yo me digo
agarrándome del pecho
que tengo un algo deshecho
y me pego y me maldigo.

Y cuántas veces mi lecho
de tierra me llama amigo,
y yo a la tierra bendigo
que tiene el cielo por lecho...

o en este otro: «Desde el mirador del cable»:

Cómo se tiende el alma,
cómo el alma se vierte,
comienza siendo un río
de vida en la corriente
y, después, se desborda
fresca de vientos verdes
y va inundando todo
lo que ve y lo que quiere...

«La Montaña» no es un libro fundamental de Jesús Delgado Valhondo, pero es un fino regalo que paga con delicadísima cortesía la hospitalidad con que las tierras y las gentes de allí le brindaron sosiego y amistad. Y con él nos da placer a todos los que hemos paladeado su voz.

DESPUES DE TODO, por Carlos Puchy de Morales. Tipografía Alcor. Barcelona, 1957.

Quisiera eludir la obligación de hacer la crítica de este libro de poesía. Y quisiera eludirlo porque no deseo estar seguro de mi juicio. Mejor diría que me acusa el temor de ser injusto.

He leído y releído estos poemas que no llevan más título que el que figura en el frontis del libro y que se cobijan, todos ellos bajo una cita de Jean Giraudoux, que transcribo:

«Cassandra: Yo soy como un ciego que
linda a tientas:

Pero es en medio de la verdad que estoy
[ciega. Todos
ellos ven, y ven la mentira. Yo tanteo la
[verdad.»

«La guerra de Troya no ocurrirá»
Confieso que yo soy menos afortunado que esta Cassandra y por más que tan-

teo y busco no encuentro más que incongruencias, balbuceos, oscuridad y vacío. Pero es posible que yo sea ciego y no acierte con el hilo que pudiera llevarme al ovillo de esta maraña impenetrable.

Y como no deseo ser tan soberbio que tenga mi juicio por definitivo y pueda equivocarse la más despierta sensibilidad de otros, voy a copiar, al azar, uno cualquiera de estos poemas para que cada cual juzgue por sí mismo:

Mis ojos, martirio
de notas de acordeón, perros con ham-
[bre
de pianos tacones de mujeres en una
[madrugada de asfalto
alas de gaviotas mostrando el odio del
[mar...

Ojos mártires de sollozos de parturien-
[tas tarros con flores
de estatuas mutiladas blancas esquinas
por donde corre el viento como un pe-
[lirro sin dueño
buscando en la noche el rastro de la Vía
[Láctea...

Bueno, me resisto a terminarlo. Así continúa ensartando disparates hasta la saciedad.

No, no podemos pasar por esto, por más propósito de humildad crítica que hagamos. También nos obliga la sinceridad y honestamente no podemos pasar por lo que consideramos honradamente que no tiene paso.

Ni esto nos parece poesía ni nada, ni siquiera nos suena a novedad. Mas bien tiene un olor añejo y de desván.

POSTALES GUADALUPENSES, por Fray Antonio Corredor García, O.F.M. Ediciones Cruzada Mariana. Cáceres 1958 Segunda Edición.

Ya se hizo en «Alcántara», en su día, la crítica de este libro que ahora — en 1958 — alcanzó su segunda edición. Parece pues que sonaría a redundancia volver de nuevo a desvelar su intimidad. Pero la vocación poética del Padre Corredor es tan valiente y constante y su musa tan celosamente fiel a la temática

de Guadalupe, que merece algo más que la simple cita.

Todos los que, mal que bien, remamos en el no siempre apacible mar de la poesía sabemos la tremenda dificultad que entraña la reducción, voluntaria o impuesta por un oculto imperativo, del tema de nuestro canto. Pues el Padre Corredor lleva tan dentro a Guadalupe que apenas si su labio conoce otro cantar. Y aun aquí ha doblado las dificultades cantando en treinta sonetos, postales vivas en su corazón, treinta motivos guadalupenses que alcanzan dignidad bastante para merecer el libro.

La edición es primorosa y cada poema lleva aneja una limpia fotografía del tema cantado.

LA LLAMADA Y EL HOMBRE, por José María Osuna. Ediciones Rumbos. Barcelona, 1959.

Valdría la pena transcribir la sucinta nota autobiográfica que José María Osuna pone en la solapa de su libro. Pero como lo fundamental en la vida de un poeta es el dolor sufrido, nos bastará con el último párrafo:

«Creo tener un carácter cordial; la vida me ha proporcionado algunas satisfacciones, pero tan poco intensas, que apenas me acuerdo ya de ellas; en cambio, me trajo el mayor dolor — tremendo e inextinguible — la muerte de una hija con veinte años».

A la memoria de la hija muerta está dedicado este libro, en los poemas del cual se adivina el reflejo del alma torturada del poeta.

Hay versos y estrofas enteras que son un grito de rebeldía o de asco ante tanta maldad, miseria, injusticia, hipocresía y falacia como los hombres arrastran, o con las que los hombres se arrastran, haciendo de la tierra estercolero.

Hay versos tremantes de dolor y angustia, de desgarrado acento, que hacen llorar. Son los del poema funeral «Para siempre» a la memoria de la hija muerta. Sólo el que haya sufrido sobre su corazón la garra feroz de esta lanzada podrá gozar plenamente la intensa y dramática belleza del poema.

Vencido por la muerte una vez más — el poeta es médico — pero más ahora que nunca vencido, su voz pierde el acento de protestada queja y se postra rendida, ya sin desesperación, pero siempre traspasada de angustiada pena:

Más perdona, Señor,
estos gritos deshechos
que confunden la voz desesperada;
yo lo entiendo, Señor; es la Condena
— si nacimos... —
este dolor que asume — en infinitos —
el penoso latir de las entrañas.

Tiene tanta fuerza expresiva este poema que todos los demás del libro, con ser muy buenos, palidecen y pierden valor a su lado. Sin embargo, allí donde el poeta asoma, a trechos, la llama tenue de su esperanza su poesía se torna más rica y jugosa y alcanza calidades antológicas. Aunque parezca contrariarse con lo que más arriba decimos, creemos sinceramente que José M.^a Osuna no sirve para cantar rencores. Como todo poeta de verdad, sólo vuela alto cuando sus versos riman la comprensión, incluso de la maldad humana. Al poema sólo le va lo bello, sea llanto, alegría o caridad. Y el rencor, el desprecio y el asco son feos.

Por eso nos placen tanto estos versos:

Porque he visto sucumbir las mieses
y a la vuelta,
desenlazar su luz el grano nuevo;
y brotar en medio
de toda la inmundicia y los gusanos,
y las hojas caídas que ya se corrom-
pieron,
la graciosa novedad del tallo.

Todo lo que el poeta trata con amor,
dolorido o gozoso, es poesía intensa y
sencilla; poesía de verdad. Así el titulado
«Linaje de un hombre vulgar»

Yo nací de un linaje muy somero
sin recuerdo de fieros ascendientes;
tampoco de bastardos. Tembloroso
como el primer vagido de los niños,

Poca cosa;

Un padre tan honesto
que domaba las horas golpe a golpe
de trabajo y de amor acelerados
mientras el arco de su espalda hacía
más urgente las voces de la tierra
.....
una madre que alargaba
a sus hijos al cauce de la sangre
por más que treinta lunas. Tan sencilla,
que creía en Dios sin hacer aspavientos...

De este modo, escribió su libro José María Osuna; con amor, con algún desprecio y con intenso y agudísimo dolor. Con lo dicho deducirá el lector fácilmente cuales son, a nuestro juicio, sus méritos y pecados.

JOSE CANAL

BIBLIOGRAFIA

«Unos datos sobre la confiscación de los bienes del Príncipe de la Paz», por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros. (Badajoz, 1959).

Profil litteraire de la France. Textes et Poèmes de: Aunie Fontaine-Félix, Pierre Mathias, H. de Lescoët, Em. Loeten, J. Rauzy, Yules Tordjman, Cl. Cailleau, R. Le Cordier, Chr. Dédéyan, Jacques Borel, P. Chappim, S. Dupray.

Illustrations de: Wasa-Touen-Houng, H. de Lescët, Olive-Tamare, N. Le Cordier. Kandirsksy - Varbanesco. Informations.



Noticia de Revistas

EUTERPE.—Revista de artes y letras. San Martín (B. A.) Septiembre a Noviembre de 1958 y Enero a Abril de 1959, Números 35 y 36.

«Angel N. Pon y la oncena generación cubana», por Volga Marcos; «Artes plásticas. (El Grabado en Bs. Aires. María L. San Martín)», por E. López Sedano; «Orquesta Sinfónica Nacional», por Santiago J. Labandera; «Poesía española contemporánea», por Julio Arístides; «Música de Cámara», por Santiago J. Labandera y «Juana de Ibarbourou», por Julio Arístides.

«Reto y respuesta sobre la crítica», por Julio Arístides; «Por Huancayo», por Marcos A. Vértiz; «Artes plásticas», por E. López Sedano; «Poemas», por Cecilia Bustamante, Arturo Corcuera, Víctor Mazzi y Emilio Saldariaga; «Crónica de París», por Volga Marcos; «Dos novelas y un novelista brasileño», por Teresinha Alves Pereira; «Dylan Thomas», por Osvaldo Elliff; «Euterpe y sus diez años», por Santiago J. Labandera; Emilio Romero, el hombre de «La Paz Empieza Nunca», por Vicente Colón Ortiz; «Mi sombra (poema)», por Jesús Delgado Valhondo.

EL SANTUARIO DE LA MONTAÑA.—Año XV. Septiembre 1958 a Febrero 1959, Números del 175 al 180.

Trabajos de R. Sánchez Cayetano, Elías Serradilla, Jacobo M. Martínez, Andrés Moucheron, Sor Juana Inés de la Cruz y Juan Ramón Jiménez (†).

L. Mateo, Fray Justo Pérez de Urbel, J. G. L. y Juan Pablos Abril, Daniel Vegas, C. M., R. Sánchez Cayetano, Monseñor Lisbona, R. S. C., Javier María Echenique, Ananbal y Juan Pablos Abril.

Monseñor THEAS, M. I. Sr. D. Elías Serradilla, Marcelino González-Habas,

José Canal, R. Sánchez Cayetano y don José Luis Rodríguez Pulido.

A. R. S.—Revista de Religiosas Aman-tes de Jesús. Año VII. Abril-Junio, 1959. Núm. 26.

Firman sendos trabajos en prosa o verso: Alejandro Pizarro, P. Balbino del Carmelo, C. D., Padre Armand Duval, P. B., I. San Segundo, Mary Carmen Cuadrado Vázquez, J. Canal, Aurea Rosa, José Luis Argaña, C. M., Mary Tere y Concha Cuadrado Vázquez.

CRUZ ROJA ESPAÑOLA.—Año LVIII. Madrid, Julio de 1958 a Abril de 1959. Números del 598 al 605.

En todos estos números, las habituales secciones: Editorial, Información Nacional, Liga de Sociedades y Comité Internacional, La Cruz Roja en el Mundo, Necrológica, Información General, Divulgación, Colaboración, Bibliografía y amenidades, además de interesante y cuidada información gráfica.

EL MONASTERIO DE GUADALUPE.—Año XLI. Septiembre 1958 a Abril 1959. Números del 509 al 516.

Núm. 509.—«El monasterio de Guadalupe a través de mi lente emocional», por Alicia Pérez Bautista; «Guadalupe, Santuario de la Hispanidad», por el Dr. Juan Pablos Abril; «Los Obispos del miedo», por Javier M.^a Echenique.

Núm. 510-12, extraordinario.—«Un siglo de abandono y cincuenta años de restauración», por Fr. Arturo Alvarez, O. F. M.; «El Rosal» (poema), por Angel Marina; «La restauración del Monasterio de Guadalupe», por D. Luis Menéndez Pidal; «Guadalupe en la guerra de liberación», por Fr. Arturo Alvarez; «De cómo los Franciscanos gobernaron el Monasterio de Guadalupe», por Juan Pedro Vera